



La laguna luminosa



COLECCIÓN PLANETA AZUL

© del texto, Joan Manuel Gisbert, 2012
© de las ilustraciones,
Albert Alforcea, 2012

© Editorial Planeta Chilena S.A., 2015
Av. Andrés Bello 2115, Piso 8,
Providencia, Santiago de Chile.
www.planetalector.cl
www.planetadelibros.cl

Diseño de colección
María de los Ángeles Vargas T.

Ninguna parte de esta
publicación, incluido el diseño
de la portada, puede ser
reproducida, almacenada o
transmitida en manera alguna
ni por ningún medio, sin permiso
previo por escrito del editor.

Segunda edición en Chile | enero 2018
ISBN | 978-956-247-984-4

Impreso en China / *Printed in China*

**El libro original protege el
trabajo del autor, diseñador y
del equipo editorial. Comprar
el original es respetar ese
trabajo. No fomentes el delito
de la piratería.**

La laguna luminosa

JOAN MANUEL GISBERT

Ilustraciones de **Albert Alforcea**

Hablando junto a la laguna

En la calma de una agradable noche de verano, bajo una luna llena que parecía una moneda de luz flotando en el espacio, un sapo y una rana conversaban junto a la laguna donde vivían.

—¿Has visto cuántas y cuántas estrellas? —dijo el sapo, después de haber estado un buen rato mirándolas—. Es imposible contarlas. No sé cómo puede haber tantas.

—Son ascuas de luz que nunca se apagan —dijo la rana.

—¿Y si soplásemos? —bromeó el sapo.

—Aunque apagáramos alguna —dijo ella siguiendo la broma—, no iba a notarse.

Había bastante silencio en los alrededores de la laguna, pero los grillos lo llenaban con sus cítaras. En el agua aún se producían murmullos y remolinos. No todos los peces estaban dormidos, y algunos renacuajos se perseguían entre dos aguas.



La rana y el sapo seguían contemplando el firmamento. Nunca habían estado tanto tiempo con la mirada fija en las estrellas.

—¿Tú crees que alguien nos está viendo desde alguno de esos mundos tan lejanos? —preguntó de pronto el sapo.

—Si miran hacia aquí, no nos ven, como nosotros no los vemos a ellos.

—¿Cómo serán esos seres? —preguntó el sapo, sin quitar ojo del cielo—. ¿Puedes imaginártelos?

—Serán de muchas maneras —razonó la rana—. De tantas como quieras.

—Ya, pero ¿muy distintos a nosotros?

—Me figuro que sí. Pero también tendrán ojos para ver.

—¿Tan grandes y abultados como los nuestros? —se interesó el sapo.

—Igual los tienen más pequeños pero ven mucho mejor.

El sapo le dio la vuelta a aquella respuesta y dijo:

—Si tan buena vista tienen, ¿quién dice que no nos están viendo en este momento?

Los dos se encogieron un poco.

Casi se sentían como si muchísimos ojos desconocidos, lejanos, extraños, estuvieran observándolos desde enormes distancias.

Les vinieron ganas de zambullirse en la laguna para esconderse bajo el agua o de dar un par de saltos para ocultarse entre los juncos de la orilla.

Pero no lo hicieron. Se acercaron más el uno al otro y, muy juntos, aguantaron sin moverse ante la inmensidad de la noche.

Pero la sensación de que miles y miles de ojos los observaban no cesó. Casi notaban en la piel el peso de tantísimas miradas.

Los dos al mismo tiempo, sin ponerse de acuerdo ni decirse nada, saludaron con las patitas superiores, cautivados por el misterio de los espacios oscuros y estrellados.

Una sospecha inquietante

La rana lo pensó mejor y dijo:
—Sabes, creo que no nos mira nadie. Esos mundos están demasiado lejos. Nosotros no los vemos. Y desde allí, si hay alguien, tampoco nos ve a nosotros, ni ve la laguna, ni el bosque, ni siquiera el valle. Si miran verán algo parecido a lo que vemos nosotros: la noche llena de estrellas y de oscuridad.

—Hay unos tubos muy largos, con cristales en los dos extremos, que te hacen ver cerca cosas que están muy lejos —dijo el sapo—. Se llaman telescopios y catalejos, para que lo sepas. Nunca he visto ninguno, pero sé que existen.

—Muchos catalejos harían falta para ver a tanta distancia —razonó la rana.

Al sapo le vino otra idea:

—Quizá nos están viendo desde naves espaciales que están mucho más cerca de lo que creemos.

Los dos miraron al cielo con mucha atención. La rana dijo:

—Pues no se ve ninguna nave, ni luces, ni nada. La noche está tranquila.

—¿Quién nos dice que no van con las luces apagadas?

—Mucha casualidad sería que estuvieran navegando por aquí, con lo grande que es el espacio.

El sapo seguía con su idea:

—Quizá no están navegando porque ya han tomado tierra en algún lugar del valle. Quizá no tardarán mucho en llegar a la laguna. O tal vez ya han llegado y nos están mirando.

—¡Qué dices! —protestó la rana, aunque observando los alrededores con cierta desconfianza—. ¿No oyes el silencio? Ya no hay murmullos, ruidos ni cantos. Todo está en calma.

—Porque andarán con cuidado, o igual no pesan nada, o van volando.

—Bah, tonterías —dijo la rana—. Nunca vino nadie de otros mundos en tantos años y te crees que van a aparecer precisamente esta noche porque a ti se te ocurra. ¡Tienes cada cosa!

El sapo insistió:

—Que no hayan venido hasta ahora no quiere decir que no puedan presentarse. Lo que no ocurre en mil años puede pasar en un instante.

—Sí, porque tú lo digas —quiso burlarse la rana, aunque ya empezaba a tener dudas.

El sapo ni la oyó. Seguía con lo suyo:

—¿Y si nos llevan?



—¿Adónde?

—Adónde va a ser. A sus lejanos mundos.

—¿Y por qué iban a hacerlo, si se puede saber? —objetó la rana, ya bastante nerviosa con tantas suposiciones.

—Para observarnos y estudiarnos. Y quizá para abrírnos de arriba abajo para saber cómo somos por dentro los sapos y las ranas de la Tierra. O para algo aún peor.

—¿Como qué?

—Prefiero no pensarlo.

—¿Sabes qué te digo? —lanzó la rana a punto de perder la paciencia—. Que te calles. Acabarás por meterme miedo con tus fantasías.

—¿Fantasías? —repitió el sapo, dolido—. Hace un momento has dicho que eran tonterías, pero ya estás empezando a tener dudas tú también.

—¿Qué gusto te crees que da oír que te llevarán a mundos lejanos para abrir-

te y observar cómo eres por dentro? Por favor, no sigas hablando de eso.

Ver a la rana asustada hizo reaccionar al sapo:

—No me hagas caso. Tienes razón, son imaginaciones mías. Seguro que por aquí no hay ninguna nave del espacio.

—No, ¿verdad? —quiso convencerse la rana, aunque aún miraba la oscuridad con ojillos desconfiados.

Para acabar de tranquilizarla el sapo aseguró con autoridad:

—No hay ni la más pequeña posibilidad de que ocurra nada de lo que he dicho.

—¡A que no! —dijo la rana, más aliviada.

—Por supuesto que no —reafirmó el sapo de manera contundente—. Puedes estar segura.

—Ya casi lo estoy.

De pronto, una voz extraña, metálica y artificial, sonó por encima de sus cabezas:

—¡Están muy equivocados, claro que estamos aquí! Llevamos tiempo observándolos. ¡No escaparán!

Escogidos

El sapo y la rana compartieron el mismo escalofrío.

—¿Lo ves? —dijo el sapo con voz temblorosa—. Yo notaba algo raro esta noche.

—Pero, ¿has oído lo mismo que yo? —preguntó la rana llena de espanto.

La siniestra voz sonó de nuevo como una pesadilla:

—Han sido escogidos entre todos los sapos y ranas de la Tierra para ser llevados a miles de años luz de distancia. Nuestros científicos harán experimentos con ustedes.

—¡Gran Batracio! —exclamó el sapo despavorido—. Esto va en serio.

—¡Qué mala suerte hemos tenido!
—se lamentó la rana—. Mira que tocarnos a nosotros.

Los dos miraban arriba y a todas partes para descubrir dónde estaba el ser del espacio que les había dado la fatal noticia. Pero no vieron a nadie.

—Esta misma noche empezarán el largo viaje que los llevará al Gran Laboratorio de la Galaxia Mayor. De allí, como pueden suponer... —el ser que hablaba dejó una tétrica pausa—... no regresarán jamás.

—¡Piedad! —chilló el pobre sapo—. Hay muchos otros de nuestra especie, más grandes, perfectos y hermosos. Nosotros no merecemos atención.

—Somos corrientes y vulgares, y hasta un poco feos —gimoteó la asustadísima rana—. Seguro que se pueden encontrar otros sapos y ranas que...

—¡La elección ya está hecha y no se cambiará! —cortó la voz del ser sin

atender a súplicas—. No hay tiempo para rectificaciones.

El sapo y la rana cuchichearon aterrados:

—¡Huyamos si aún podemos! —susurró el sapo.

—Mejor muertos que llevados a ese horrible laboratorio —dijo la rana.

Entonces se oyó una risotada estridente, aguda, con la que temblaron las hojas de un aliso que estaba junto a la orilla de la laguna.

El sapo y la rana se abrazaron para protegerse. Estaban helados por dentro. No tenían fuerzas para huir. Y pensaron que no les serviría de nada. Los cogerían en seguida, cuando quisieran.

Las carcajadas se repitieron. Pero no era una risa cruel, despiadada, de un ser que se burlaba de su miedo y de su terrible destino. Más bien parecía risa de broma y diversión.